

JOSE COBOS, "CORAZON PLURAL"

ENRIQUE GARRAMIOLA PRIETO

ACADEMICO CORRESPONDIENTE

A la hora de honrar y perpetuar la memoria de un escritor de la índole de José Cobos patentizada por un allegado, amigo y convecino, aún en la estricta apreciación del hombre de letras e incluso al margen de los evidentes afectos, ha de preponderar con creces sus más acendrada faceta de paisanía, de ineludible reconocimiento de un cierto casticismo romántico, desde peculiar óptica universalista, dedicado en gran parte de su obra a sugestiva hermenéutica cordobesa y a sus trascendentales reflejos, de un modo de ser y de sentir congruentemente asumido en el sucesivo destino del entorno vernáculo, en sus irrenunciables identificaciones y afinidades nativas.

Determinando su genuino marco ontológico en dos palabras, y aunque hayamos de recurrir tópicamente a la manida propensión del senequismo cordobés, hemos de sintetizar que nuestro recordado Pepe Cobos, como él mismo llanamente deseaba ser nombrado, era un consumado estóico que respondía en realidad a su temperamento vivencial de arraigados sedimentos de cultura cordobesa, sensato, intuitivo, consciente de la plenaria sabiduría popular, cantor de su propio y dilecto mundo entre adversidades, resignado degustador de taumatúrgicas apetencias: amistad, cordialidad, animada tertulia, en que aprender y compartir esas enjundiosas calidades humanas que nutren y ecuanimizan el ánimo en las que casi nadie repara. De ahí, su preferido y disciplinado cotidiano retiro de promiscuada soledad junto a sus elegidos autores de asiduas lecturas, y de saludable reflexión en cada instante de quehacer literario.

Para definirlo, qué mejor que con sus mismas palabras: "Si debajo del hombre y del escritor no late un corazón que ha vivido, que ha sufrido y que ha compadecido, creo que la obra, de cualquier índole que sea, será siempre una cosa seca y vacía". Y su ética cristiana de asimilado "corazón plural": "El aire de Buena Nueva, como acabado de estrenar, tiene que soplar en los corazones para quitarle sequedad y aridez y tiene que agruparnos sin demora para que todos los hombres constituyamos la verdad *la familia de Dios, la civita Dei, agustiniana*", según escribía en 1963 al hilo de las discrepancias de opinión sobre la conveniencia o no de la continuidad de los actos cofradieros en la calle por Semana Santa.

José Cobos, era ante todo un hombre enamorado de su tierra cordobesa, y lo traslucía íntimamente durante cualquier ocasión coloquial o pluma en ristre con ejemplar humildad, si bien con lícita pasión de patricio dotado para comunicarlo encendiendo en los demás la honda chispa filosófica de una, a su manera, privilegiada existencia debida al provechoso ejercicio del espíritu impulsado de participada cultura, inculcándola, compartiéndola con claridad, sencillez y elegancia de admirable prosista.

Y qué mejor refrendo, para apoyar nuestro sincero parecer, que el de quienes supieron calibrar su personalidad y compañía. El muy relevante y ponderado de Ricardo Molina, entrañable compañero y colaborador durante aquellos años juveniles de fructífero compadrazgo y confraternización en el aprendizaje y en el conocimiento del contexto cordobés y en las creativas lides publicitarias: "...diríase que compone sus obras pensando en España y conversando espiritualmente con los hombres de todas las épocas, que pensando en ella, escribieron en tardes semejantes a la íntima, sosegada, inalterable de Montilla".

José Cobos, fue polifacético en muchas cosas. Desde su alcanzada utopía aventurera de piloto aéreo civil en sus años mozos, a la contravenida exigencia familiar del sustentado negocio bodeguero entre cuya vicisitud evaluó, avisado lazarillo a la sombra de su padre, el competitivo denuedo comercializador por los perdidos rincones de la geografía ibérica y el equilibrado psiquismo -tan cordobés- de la calmosa rotundidad de la crianza de vino, para desembocar en la vocacional alternativa de polígrafo en oportunas circunstancias.

Prensa, revistas, libros, en paralela fricción con el ferviente vínculo de la naturaleza paisana en la promoción y señera servidumbre de la industria vinícola cordobesa.

"Los hados del vino -escribió, recrudesciendo añoranzas- o un Baco travieso y jovial, árbitro risueño de aquel duro torneo que se iniciaba en los albores del siglo, dio la señal de salida a los que alcanzaron la meta con innegable dignidad, por caminos más o menos distintos pero atentos a los mismos horizontes de expansión comercial que señalaba la brújula común -(refiriéndose, hemos de aclarar, a tres pioneros divulgadores del vino cordobés)- como fue común, la fe, el entusiasmo y el esfuerzo agotador que pusieron en juego".

Con biográfico trazo, resaltaba Ricardo Molina de José Cobos: "Exquisito catador, de caracteres, de cosas, de libros, de poesía, de cantes, de amistad, de paisajes, de ciudades, de ideas...".

Perspicaz y sutil periodista, en múltiples colaboraciones, ha dejado patente muestra de ágil oteo testifical.

Distinguido ensayista, cultivó el género con especialísima técnica azoriniana de delicado impresionismo, profundamente analítico y dilucidatorio en persuasivas pinceladas.

Empedernido *modernista*, aún cuando había optado por la línea intelectual de Ortega, D'Ors, Pérez de Ayala y Marañón, -con el que mantuvo alguna relación epistolar-, cuanto le hubiera agradado integrarse entre los sermianos protagonistas de la tertulia del Pombo en el lienzo de Gutiérrez Solana, de quien asimismo era nostálgico admirador, recordando que éste había actuado incidentalmente de banderillero en la placita taurina de Montilla, con igual complacencia que comentaba que en el colofón de la polémica surgida a raíz de la designación de un santo patrono de los toreros, Felipe Sassone había votado al Santo Solano por su parecido físico con Manolete.

Sumo atento a la interioridad local montillana, se descubre en José Cobos, cierta tendencia de imprenta narrativa -deplorablemente relegada en cuanto a que pudo siquiera haberse decidido al experimento novelístico- desperdigada entre su admirada referencia y tarea de cronista, como en el breve recorte titulado *El alma de las piedras*, en que con desenvuelto atractivo y evocador ramalazo barojiano describe un desaparecido hospedaje: "¿Como puede hablarse de "industria" en el caso de la Fonda Rosita, con sus sillones de gutapercha, con la luz amarillenta de sus viejas lámparas doradas proyectándose sobre la intimidad de la carpeta negra donde el viajante recapitulaba su jornada, con su patio lleno de plantas y flores, con su concepto familiar de acogida y sus tertulias de un cura que se hizo viejo allí, maestro de latines y de buena gramática, a quien yo debo iniciación literaria?".

Recordando su denodado afán y entusiasmo por lo paisano, los montillanos reconocemos y agradecemos a Pepe Cobos su extraordinaria ejecutoria de digno hijo de su querida tierra en muchos aspectos y ocasiones. Damos cumplida fe, cuantos vivimos a su lado en la organización de los actos de aquel IV Centenario del nacimiento de San Francisco Solano en 1949, y en la década y media de su estimulante colaboración en el montaje propagandístico de aquellas Exposiciones Nacionales de Industria y Artesanía, en aquellas Fiestas de la Vendimia- de las que surgió aquel ameno boletín cofradiero del gremio vitivinícola montillano, *Verde y Oro*-, de dificultoso emprendimiento, de escasísimos presupuestos, en que anecdóticamente traemos a colación la generosidad de aquellos cordobeses de grata memoria, el simpático y divertido Pedro Palop, que supo controlar la bulliciosa atención de compacto auditorio entremezclado en pie con un centenar de sentados concurrentes, pregonando las excelencias vinarias cordobesas desde un balcón de la plazuela montillana de Las Mercedes, y luego, nuestro recordado Rafael Castejón, en aquella magistral exposición que públicamente le doctoró en vinicultura, de quien Pepe Cobos se consideraba humildísimo epígono.

Obviamente, han de quedar en el tintero de la evocación, de la adhesión y del cariño, otros muchos puntos positivos de la personalidad de Pepe Cobos, montillano cabal, distinguido cronista oficial de su tierra cordobesa, miembro numerario de esta Real Academia de Córdoba, cónsul honorario y laureado del Perú, émulo añorante del Inca Garcilaso de la Vega, en sus sosegados ratos de concienciación histórica, en la reproducción de impresiones empleando diestramente culto lenguaje en galana escritura, siguiendo sus pasos montillanos de la mano del investigador Porras Barrenechea, -que reveló sus cuitas, prendiéndonos para siempre de su hispánico carisma-, y sobre todo en lo que en la prosa del cronista mantiene un diálogo cordial con el escritor...”, y que “...parece como si fuéramos junto al autor y oyéramos de sus labios la descripción de calles, plazas, monumentos, iglesias y cuanto es historia y tradición, pasado y presente”.

En extenso bagaje bibliográfico -que dejamos reseñado al final de esta ofrenda de homenaje a su memoria-, Pepe Cobos, en palabras de otro ferviente cordobés y adicto a su valimiento, Manuel Medina González, “...trajo un canasto de verdades que, según el que las recibe, pueden ser flores o estrellas, vino hecho, seco o vino dulce, un par de brazos abiertos o unas espaldas con interrogantes extrañas y negativas..., el reconocimiento de la fuente clara de la verdad sencilla, de la expresión correcta y de la existencia de un camino llano en el quehacer de la literatura, en cuyos predios afirma nuevo jalón”.

No quisiera terminar estos enebrados perfiles de semblanza sin omitir otro vericuetto confidencial de la personalidad de mi ilustre paisano, desvelando un discreto atrevimiento de sana espontaneidad surgida cuando en plena madurez el subconsciente retrotrae como doméstica broma algún resquicio de puerta abierta a joviales reminiscencias, en el que Pepe Cobos, rayano en ingenuo resuello *baudeliano*, émulo también de Gutiérrez Solana, terció con la airosa *banderilla* de este poema, digno y plástico esbozo de Julio Romero:

COMPLICE Y GRATA TINIEBLA BIENVENIDA

“Fresca era la nave de tinajas nuevas;
 recién hecha por Ricardo Vela,
 cual enormes y múltiples porrones
 rezumantes de frescura, en fila y ordenados.
 Terrizo suelo de fresca arena apisonada,
 en contraste con el tórrido exterior de agosto insoportable.
 Y en aquel fresco interior, ardiente como ascuas,
 solas entre el frescor de las tinajas,
 Carmela y Antoñita seстеaban sin dormir en la penumbra invitadora.
 Yo ya las presentía, cual ávido pachón avizorante.
 Oh, risas sofocadas y expresivas,
 huidizas sin querer y dadivosas.
 Oscura tarde ya entre dos luces -allí ninguna luz-,
 tiniebla bienvenida, las manos de los tres se entrelazaban,
 promiscuas, puras y afanosas, anhelantes...
 Quiero decir sin sucias intenciones,
 porque todo era amorosamente puro
 al frescor de las tinajas nuevas,
 sin otro fin grosero o turbio.
 Pero la sangre de los pocos años hervía ya,
 y así la boca se fue a una, y así las manos a otra se fueron,
 para todo intercambiarse después como Dios quiso,
 como el Armor dispone invulnerable,
 igual que en las tinajas que en la era verdecida,
 que en la muelle cama infamadora y puta.
 Estas tinajas, en fin, por el Amor purísimo,
 quedaban bendecidas de lujuria pura” .

Y en última instancia, querido paisano, José Cobos, ilustre académico de esta corporación cordobesa, que no *humilde acólito*, según expresaste en el agradecimiento de recepción, quisiera yo que este modesto obsequio de mi presencia en tu dechada memoria, como también tú mismo escribiste en aquella ocasión al montillano Bernabé Fernández-Canivell, “impresor del paraíso” -”Mi prosa para tu manuscrito número centenario de *Caracola* se quedará contigo de cuerpo presente... ¿Es mucho pedir que guardes fraternalmente, cariñosamente, este cuerpo insepulto para que no se enfrie ni muera del todo?”- lo acojas y conserves en tus eternas veras, prenda entrañable del eterno abrazo que espero darte.

En conocerte, bastó, José, tu palabra,
 tú lucida palabra encarnada
 siempre a flor de labios
 de apóstol de esperanza acrecentada,
 alentador revuelo de paloma unciendo
 cordiales pasiones a sorbos catadas
 y a unánime voto de un brindis de vida.

En conocerte, José, virtuoso de la luz,
 como duende o arcángel latiendo en larga tarde
 concebida de ocasos y de auroras,
 basta tu palabra.

BIBLIOGRAFIA DE JOSE COBOS

- Breve resumen de la vida de San Francisco Solano (1949).
San Francisco Solano, patrono de Montilla y apóstol de la Hispanidad (1949, en colaboración con José Jaén).
Cinco moradas de Solano (1949).
Antología de recortes de prensa (1951)
El vino de la verdad (1952, en colaboración con Ricardo Molina, reeditada en 1983).
Estampa antigua de Montilla (1953).
El escritor y su anécdota (1954).
Montilla y Moriles en el corazón de Córdoba (1955).
París bien vale un viaje (1956).
Menos que nube (1957).
Cinco montillanos olvidados (1957).
Al correr del tiempo (1959).
Corazón plural (1963).
Juan Bernier (1967).
La zarza sin espinas (1970, teatro, en colaboración con Joaquín Dicenta).
Las Camachas (1975).
Montilla y Moriles entre Córdoba y Lucena (1975).
Rueda de la amistad y el recuerdo (1983).
Montilla, verde estrella (1983).